



Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Redacción y corrección de estilo: Francisco Ruiz Solís. Diseño y formación: Yolanda N. Pérez Juárez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2008

HISTORIA

GÉNESIS Y MADURACIÓN DEL NACIONALISMO MEXICANO

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR
Academia Mexicana de la Historia

El siglo XVI fue un siglo de cambio total en México. Se destruyó rica y antigua cultura. La Conquista aniquiló instituciones y principios religiosos, políticos, jurídicos y económicos que regían a la sociedad indiana e impuso sujeción política y económica, un cambio de religión y la adopción de normas culturales diferentes.

Sin embargo, ante la defensa, conocimiento y valoración de la sociedad indiana que hicieron notables dirigentes civiles y eclesiásticos, la amplia visión política del emperador y sus consejeros, se formó vasto proyecto por el cual se trató de integrar a esa sociedad dentro de la cultura europea. No se renunció al mando político, pero se quiso que los naturales se incorporasen a la cultura europea que se estimó superior, principalmente por el contenido religioso que tenía.

Ese proyecto de integración tendría como base y motor a la cultura. Los indígenas pronto mostraron gran disposición para asimilar cuanto positivo tenía el saber de sus nuevos señores; música, canto, pintura, escultura e idiomas, mas aún, dieron pruebas de que el manejo de las lenguas cultas, latín y griego se les facilitaba, así como la apreciación del pensamiento y de la forma de las letras clásicas. Aun en la religión, los jóvenes formados al lado de los frailes, manifestaron hondo sentido religioso, profunda fe y espiritualidad, a mas de un cumplimiento escrupuloso de los principios del cristianismo.

Muchos son los ejemplos que se pueden citar. Sólo a manera de recordatorio, mencionaremos los siguientes: fray Julián Garcés, el primer obispo de Tlaxcala-Puebla, afirmaríá era mayor la inteligen-

cia de los indios que la de los españoles, que aquellos tenían mayor disposición para el estudio y mayor rapidez en el aprendizaje. Gante, a quien se confió su educación, diría que sus calidades intelectuales, eran comparables a las de los europeos, y que “ hay buenos escribanos y predicadores y plásticos con harto hervor, y cantores que podrían cantar en la capilla de Vuestra Majestad tan” bien, que si no se ve, quizá no se creará”. Y respecto a su fe, al cultivo de la religión, fray Jerónimo de Mendieta calificaba como “terrible inhumanidad, querer privar a toda una nación y gente innumerable de todo recurso y ayuda para poder vivir religiosa y espiritualmente” y esto lo decía cuando por razones políticas se prohibió a los indios profesar en algunas de las religiones existentes. Señalaba Mendieta que en un principio si se les admitió y que de ellas salieron algunos tan bien dotados como dos de la Provincia de Michoacán, que fueron ejemplarísimos en su vida, penitentes, de votos, grandes predicadores en la lengua tarasca y en la mexicana”. Y añade que si todos los frailes fuésemos tan celosos en las cosas de la religión como aquellos, resplandecería la Orden de San Francisco en el mundo más que el sol.”

Bien diferenciada por su origen la sociedad indiana, los civilizadores pensaron en fundar una institución avocada a la formación de la sociedad indígena, a su incorporación a la cultura europea, utilizando los elementos aprovechables que esa sociedad tenía. Esa institución fue el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco erigido en 1536. Este plantel contó con excelentes maestros, religiosos formados en las mejores universidades europeas y tuvo destacadísimos estudiantes como Antonio Valeriano, Juan de la Cruz, Juan Badiano y otros más, que heredaban de sus ancestros rica tradición de cultura y enormes disposiciones para la labor intelectual y espiritual. A los pocos años los colegiales de Tlatelolco, no sólo estaban firmemente convertidos sino que habían asimilado a perfección las humanidades clásicas; y el griego y el latín, y el conocimiento de Ovidio les eran familiares. La suspicacia y mala fe de encomenderos, de autoridades menores y de todos aquellos que no admitían que un pueblo vencido, un grupo de estudiantes de diferente procedencia

podiera superarlos, y la política metropolitana que también cambio pues mantuvo la idea de que la sociedad española debía regir y dominar en todo a la indígena, la cual debería estar subordinada, es lo que explica la decadencia y desaparición del Colegio de Santa Cruz, que tenía como finalidad formar a la clase dirigente de la comunidad indígena.

Para la sociedad española se creó entre 1551 y 1553 la Real y Pontificia Universidad. Sus promotores, Arzobispo, Virrey y Cabil-do Civil comprendieron que era indispensable dotar a la sociedad mexicana de una institución formativa, semejante a las europeas. Peninsulares y criollos deberían cultivarse en ella, independientemente de los indios. La universidad creció en plenitud. Sirvió para la formación de los dirigentes civiles y eclesiásticos e imprimió en la sociedad novohispana de criollos, y mestizos incorporados social y económicamente a los primeros, normas esenciales de convivencia. Sus cátedras de filosofía, teología, artes, derecho y posteriormente de medicina, formaron poco a poco al grupo dirigente novohispano. Si fray Alonso explicó a Aristóteles y la Sagrada Escritura, Cervantes de Salazar explicaría Humanidades y Blas de Bustamante y Pedro Morones, teología y derecho. La enseñanza de las doctrinas del doctor Angélico que superaron al maestro de las sentencias; y los cursos de *Justitia et Jure* aportaron las innovaciones realizadas en Salamanca por Francisco de Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto. Las lecciones de artes y retórica sensibilizaron a los criollos para gozar la belleza de las obras de Ovidio, Virgilio y Horacio pero fundamentalmente para impregnarse del trasfondo ideológico que contienen. La prosa de los humanistas renacentistas: Vives, Erasmo, Moro y la lírica de los Luises, el de León, y el de Granada y la de San Juan de la Cruz, estimularon la lírica novohispana, como también lo hicieron la novela y el teatro.

La universidad a través de sus maestros de filosofía, teología, derecho, difundió el pensamiento universal. Formó eclesiásticos que ocuparon las dignidades catedráticas, y también juristas que velaron por la preeminencia del derecho y organizaron las relaciones entre la sociedad y el Estado y las de toda la sociedad. Las secretarías

virreinales, las audiencias, los tribunales necesitaron juristas bien formados. El estudio del derecho representó gran preocupación y alcanzó grandes alturas. La preciosa *Laudanza de la Jurisprudencia* pronunciada por Juan Bautista Balli en 1596, es una pieza clave para entender a que grado de profundidad jurídica habían llegado los abogados mexicanos.

Dentro de la universidad y en los cursos jurídicos, se formó Juan Ruiz de Alarcón, y de sus enseñanzas, y práctica forense que tuvo, se desprende el gran trasfondo jurídico que encontramos en su dramaturgia. Aquí en México, ocupó, una vez que volvió de Salamanca a donde prosiguió sus estudios, diversos puestos poco relevantes; pero de su experiencia vital deriva el hondo análisis moral y psicológico que anida en sus obras. A la sombra de la universidad y en contacto vivo con la sociedad novohispana, Ruiz de Alarcón vivió sus primeras experiencias, aquí se impregnó de la sensibilidad fina que caracteriza su obra, de la discreción noble, grata, no entumida, y fina elegancia que lo distingue de sus contemporáneos.

Su estancia en la Universidad de México de 1592 a 1600 en que pasa a España, le permitió formar plenamente su personalidad. Vuelto en 1608 aquí permaneció hasta 1614 en que partió definitivamente a la península. Plena juventud e inicio de la madurez vivió al lado de la comunidad culta novohispana, comunidad que brotaba toda de la universidad. Los colegios de la Compañía empezarían a dar sus frutos más tardíamente y formarían generaciones numerosas.

En el campo de las letras, de las humanidades, en donde desembocaría Ruiz de Alarcón, fue la primera gran figura de la cultura novohispana. Si su producción literaria la desarrolla y pública principalmente en España, el debe contarse como el primer gran fruto de la cultura mexicana, quien pone las bases para que en esa misma centuria aparezcan otras grandes figuras, cuyas excelencias superan con mucho a las de otros personajes del siglo siguiente.

El siglo XVII, debemos afirmar, fue una centuria de maduración de la sociedad novohispana que se había comenzado a configurar desde el siglo anterior, y en la cual, pese a diferencias sociales y económicas, ya habían surgido valores e intereses comunes. Am-

plios grupos de novohispanos se vinculaban e identificaban en su origen y en su cultura. Estimaban a México como patria común y, formados a través de los cánones de la cultura occidental, comenzaron a apreciar la vertiente que la cultura indígena, lo que de ella había podido salvárseles, ofrecía. En las contadas, pero señeras figuras que aparecen en ese siglo, y que inicia Ruiz de Alarcón se hallan una serie de elementos originarios del mundo indígena que son valorados y revitalizados por ellas. La apreciación de esos elementos, no sólo formal sino esencialmente, revela que los criollos no sólo estimaban esos elementos, sino que los cotejaban y anteponían a los procedentes del mundo europeo.

Es en Ruiz de Alarcón en donde se vislumbra plenamente un sentido de identidad y un carácter nacionalista, un sentido que acepta como pertenencia suya el pasado remoto, la realidad del presente que para él es dura y el futuro que se augura victorioso. En nuestro dramaturgo advertimos ya una sensibilidad afectivo-emocional que lo distingue y que se produce al apropiarse de las virtudes de su sociedad, venidas del pasado y las cuales se acrecentarán en el futuro de su nación. A través de dura lucha con un medio hosco y envidioso, mostrará con orgullo ser parte de una experiencia colectiva, de la cultura y de la vida que expresa leal, sincera y finamente.

Posteriormente, como diremos adelante, la generación de la primera mitad del siglo XVIII ya manifestará una integración sociopsicológica que cimienta la nacionalidad como una realidad política, vigente y orientadora del que hacer diario y futuro de los componentes de su sociedad.

Las virtudes que los críticos literarios han encontrado en Ruiz de Alarcón, se originan en que su sensibilidad se formó en una lucha entre su plena conciencia de superioridad, formada gracias a su inteligencia y a la cultura adquirida, y el medio social impuesto por los dominadores que no aceptaban que los indios pudieran sobresalir, que fueran más inteligentes y sensibles que ellos, que trataran de ser independientes. Su formación jurídica le impele a creer que la razón, la justa convivencia, el imperio de las normas que definen la dignidad y evitan el sometimiento brutal, es la forma

más adecuada de vida, pero el espíritu hosco, violento, discriminatorio de la sociedad dominante y de sus rivales en las lides literarias, provoca que se vuelva cauteloso, un tanto temeroso de que su superioridad provocara” mayores agravios. Razón tenía Alfonso Reyes al afirmar que si “para los peninsulares las Indias eran un revuelto paraíso de lucro y placer, para el nativo son tierra de natural señorío, patria que aspira *at* un porvenir más justo.”

Y este espíritu mexicano que se vislumbra en Alarcón, será el que fortalezcan décadas mas tarde otros criollos ilustres.

Formado también en las aulas universitarias, en las que profesó las cátedras de matemáticas y astronomía y también en los ya espléndidos colegios que la Compañía de Jesús tenía en Nueva España, Carlos de Sigüenza y Góngora presenta características más y más mexicanas. Su interés por la historia le lleva a captar en añosos documentos un pasado de esplendor y de gloria. Las antigüedades mexicanas le muestran que los aborígenes cultivaban diestra y perfectamente las matemáticas, el movimiento de los astros, el cómputo del tiempo. Junto a la capacidad intelectual enormemente desarrollada, poseían los pueblos precolombinos altas condiciones morales y espirituales. Sus antiguos señores habían sido notables estadistas, gobernantes prudentes y justos, hombres rectos colmados de virtudes. El elogio que de los reyes indianos hace, no esmero ejemplo erudito; la comparación que establece con los hombres de la antigüedad clásica: Solón, Pericles y otros igualmente famosos, no es artificio retórico, sino convicción firme de que la sociedad indiana tenía amplísimas aptitudes para el desarrollo de la vida intelectual y espiritual y también de la vida política.

Otro elemento más que configura el nacionalismo que en el siglo XVII se desarrolla intensamente, es el hondo sentimiento guadalupanista que inunda todos los aspectos de la vida en ese momento.

Hay que reconocer que el guadalupanismo encuentra en esa centuria sus sostenedores más firmes. La Primavera Indiana de Sigüenza a más de ser bellísimo poema, es la pieza que coloca más alto el símbolo guadalupano, símbolo que influye ya no en personalidades aisladas, sino en grupos cada vez más amplios.

Y muy cerca del “dulce y canoro cisne mexicano”, aparece la inmensa figura de Sor Juana Inés de la Cruz. Esta monja criolla, símbolo pleno de la sensibilidad mexicana, que lucha por su independencia espiritual e intelectual, va a llegar por sus propios méritos a convertirse en la voz poética más excelsa de las letras españolas. Ya no tendrá rivales grandiosos como los tuvo Ruiz de Alarcón; no le harán sombra alguna figuras como Quevedo, Lope de Vega o Tirso de Molina, sino que ella será la que con su mexicana espiritualidad y sensibilidad muy nuestra, represente el inmenso valor de la literatura hispanoamericana. No habrá ninguna voz que la iguale y esa perfección que le dio el estudio y la disciplina tenazmente cultivada, será también muestra de que los criollos novohispanos habían ya alcanzado enorme grado de madurez.

No podemos sino mencionar por brevedad otra figura excelsa de esa sensibilidad mexicana, al pintor Cristóbal de Villalpando cuya obra revela la maestría alcanzada en el arte en ese siglo.

Situadas estas grandes figuras en la decimoséptima centuria, debemos afirmar que fueron ellas las que con su inmenso impulso proporcionaron a las generaciones subsecuentes, los elementos de que se sentirían orgullosos. El siglo XVIII, ya no presenta enormes figuras aisladas como el anterior, sino amplios y sólidos grupos, generaciones enteras preocupadas por afianzar su identidad de origen y su identidad cultural, de lo cual se muestran orgullosas. Los colegios de los jesuitas y la propia universidad habían logrado realizar una labor más amplia. La sociedad se había consolidado, las instituciones culturales se habían prodigado y el número de egresados de esos planteles fue mayor. Su superioridad tanto numérica como intelectual respecto a los peninsulares fue también más grande. Ellos tenían en sus manos, en buena parte, la dirección cultural del país. No sólo se sentían tan capaces como los europeos, sino que en ocasiones los superaban. Pudieron los criollos de la primera mitad del siglo XVIII, advertir la enorme potencialidad del país. Estaban concientes de que su desarrollo intelectual era semejante al de los países europeos y que poseían una serie de valores muy positivos. Se dieron cuenta de que podían cuidar de la administra-

ción total del país, de aprovechar en beneficio de la comunidad mexicana los recursos que poseían que iban a parar a la metrópoli y también estuvieron concientes de que muchos de los administradores españoles eran corruptos, despóticos e incapaces.

En esa primera mitad del siglo XVIII la conciencia mexicana nacionalista se refuerza. Ya no actuarán con timidez, con fina y sutil discreción como lo haría Ruiz de Alarcón para no enemistarse con sus rivales en las letras, sino que lo harían con valentía, manifestando orgullosamente su superioridad, el valor de la tierra, de sus hombres, de su historia, principalmente de aquella que había sido soterrada, de la indígena.

Correspondió a la generación de José Antonio de Villaseñor y Sánchez, de Cayetano Cabrera y Quintero, de Juan José de Eguiara y Eguren poner de relieve el valor de México y de los mexicanos. A ellos correspondería hacer el balance de todo un desarrollo cultural vasto y positivo. Tanto en el *Teatro Americano* como en la *Biblioteca Mexicana* se advierte ese propósito. Villaseñor y Sánchez y Eguiara y Eguren, como cabezas de ese movimiento, se mostrarán orgullosos de ser los continuadores de la labor matemática de Sigüenza y del trabajo intelectual y espiritual realizado por miles de hombres que con su esfuerzo configuraron la patria mexicana.

Entre los miles de personajes eminentes que retrata Eguiara y Eguren valorando su obra excepcional van a figurar Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz. Si de los últimos tuvo mayor información, de Ruiz de Alarcón se expresará calificándole de “floridísimo ingenio, muy erudito y altamente estimado como poeta y creador de obras teatrales.” De Nicolás Antonio, el autor de la *Biblioteca Hispana Nova*, antecedente de la de Eguiara recoge los atributos de “purísimo estilo gran señorío y escritor eminente de comedias”. Informado en el *Laurel de Apolo*, de Lope, en la Crónica de Medina y en los escritos del cosmógrafo regio Alfonso Núñez de Castro, construye la breve semblanza de nuestro dramaturgo, y no puede Eguiara evitar el repetir el elogio que de él aparece en el Laurel de Apolo, pese a la enemiga de Lope.

En México la fama que como el sol descubre cuanto mira a don Juan Alarcón hallo que aspira con dulce ingenio a la divina rama la máxima cumplida de lo que puede la virtud unida.

Y ciertamente, en estos versos de Lope se condensa el gran mérito de Ruiz de Alarcón, cultivar las virtudes, esforzarse por manifestar a través de ellas los propios valores, sentirse orgulloso de su origen y valimiento y a aspirar con dulce ingenio a la inmortalidad.

Por eso Eguiara y Eguren coloca entre los varones insignes a aquel que entre los primeros manifestó el valor que tiene la inteligencia y el espíritu de los mexicanos. Correspondió a esa amplia generación de criollos, mexicanos a carta cabal, apreciar y elogiar la labor cultural de sus antecesores de la cual se sentían orgullosamente herederos.